HOMILÍA DEL OBISPO FERNANDO VALERA

SAN ATILANO 2026

Nos reunimos con alegría en la Solemnidad de San Atilano. Venimos a los pies de nuestros pastores santos para renovar aquello que da hondura a nuestro caminar diocesano. Hoy, de forma especial, abrimos las puertas de un nuevo curso pastoral, dedicado a la Eucaristía. Y lo hacemos de la mano de Jesús, que nos ha dicho: "Yo soy el Buen Pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas". Es tiempo de gracia, comunión y profunda renovación espiritual.

San Atilano, según la tradición, por su origen monacal, era un pastor que edificó la Iglesia con la oración, la caridad y la entrega infatigable. Y hoy, le miramos como el intercesor que nos conduce directamente a la mesa del Altar, allí donde Cristo se nos entrega como alimento de salvación y fuente de vida eterna. Porque, la medida del amor es amar sin medida.

El relato que hemos escuchado del Evangelio de San Juan nos pone ante la radiografía perfecta de Dios. Jesús no se presenta como un administrador eficiente, ni como un asalariado a quien las ovejas le son ajenas. Jesús se define desde la relación personal, desde el conocimiento mutuo y, sobre todo, desde el don de la vida: "Yo conozco a mis ovejas, y las mías me conocen, así como el Padre me conoce y yo conozco a mi Padre; y doy mi vida por las ovejas".

En este mundo herido por tantas formas de soledad, de individualismo y de superficialidad espiritual. El verdadero pastor busca servir; no se aparta cuando sopla el viento del desánimo, sino que permanece en medio de su rebaño.

En esta Iglesia que peregrina en Zamora, que tiene hondas raíces cristianas, de pueblos entrañables, de parroquias fieles y de sacerdotes, diáconos, religiosos/as y un laicado entregado, estamos llamados a tener la misma forma del Maestro. Nadie sobra en la viña del Señor. Cada hermano anciano,

cada familia joven que lucha por tener un hogar y salir hacia adelante, cada sacerdote gastado en los surcos de la viña, cada persona que sufre la pobreza, la violencia y la exclusión, lleva el sello de Cristo.

Iniciar el año pastoral bajo el signo de la Eucaristía es una llamada a volver al manantial. En el Pan de Vida partido y entregado se sintetiza la vida del Buen Pastor.: “Este es mi cuerpo que se entrega por vosotros”.

La Eucaristía nos hace Iglesia, nos sienta en la mesa del Señor, rompe toda vanidad y todos los muros que nos separan; nos injerta en la comunión eclesial y nos transforma por la caridad de Cristo que se convierte en pan partido para los demás.

La Eucaristía nos impulsa a la misión: “Haced esto en memoria mía”, es decir, id a las periferias, curad heridas, sed bálsamo para los corazones rotos.

Caminemos juntos, cuidemos nuestra vida interior. Que el calor de la oración silenciosa ante el Sagrario nos haga una comunidad en torno a Jesús vivo y presente entre nosotros.

Ponemos este curso pastoral en las manos de María Santísima, nuestra Madre. Que ella, que custodió en su seno al Verbo encarnado y estuvo de pie junto a la cruz del Buen Pastor, nos enseñe a vivir con radicalidad evangélica este curso que hoy, día de San Atilano, inauguramos.

Dios os bendiga